

Domingo XVIII. Año C

Lectio divina sobre Lc 12,13-21

Que en una ocasión un desconocido buscara apoyo en Jesús para que le ayudara a dirimir una disputa familiar en torno a una herencia señala el grado de aceptación social que había ya obtenido con su predicación y la autoridad que se concedía a sus opiniones. A nosotros hoy, el hecho en sí puede parecernos mera anécdota sin importancia. Tan acostumbrados estamos a ver cómo se dividen familias por patrimonios que dividir que nos parece lógico que Jesús evitara pronunciarse en asunto *tan familiar*. Pero si es verdad que no quiso entrar en una discusión entre hermanos, no lo es menos que no dejó pasar la oportunidad para enseñar a todos sus oyentes *el puesto que los bienes han de tener en la vida*. No le pareció oportuno pacificar una familia, pero no dejó pasar la ocasión para instruir a la gente que le seguía. Y no es que negara justicia a quien se la pedía; quiso, más bien, liberarlo de la fiebre de poseer. Decisivo no es aumentar los bienes que se tienen en la vida, sino mantener la vida que se ha recibido y es sostén de cualquier otro bien.

En aquel tiempo, ¹³ dijo uno del público a Jesús:

«Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.»

¹⁴ Él le contestó:

«Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?»

¹⁵ Y dijo a la gente:

«Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes.»

¹⁶ Y les propuso una parábola:

«Un hombre rico tuvo una gran cosecha. ¹⁷Y empezó a echar cálculos: "¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha". ¹⁸Y se dijo: "Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. ¹⁹Y entonces me diré a mi mismo: Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años; tumbate, come, bebe y date buena vida." ²⁰Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?" ²¹Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

La enseñanza de Jesús, esta vez, no surge de su voluntad sino que está provocada por un litigio entre hermanos. El motivo es banal, por frecuente: una herencia disputada estaba poniendo en peligro la vida fraterna. Que uno de ellos acuda a Jesús como si de un 'juez de paz' se tratara (Lc 12,13), prueba que se le atribuye una autoridad superior e imparcial. Jesús responde de forma sorprendente: se declara incompetente para arbitrar en el conflicto familiar (Lc 12,14) y aprovecha la ocasión para, trascendiendo lo anecdótico, dar una lección a todos sobre los bienes y su uso (Lc 12,15). No está dirigiéndose sólo a sus discípulos: su magisterio alcanza a todo el que le oiga .

La instrucción tiene dos partes: una sería advertencia sobre el ansia de poseer bienes que acaban posesionándose del que los tiene (Lc 12,15) y una parábola como explicación y fundamento (Lc 12,16-21). El dicho, lacónico y claro, avisa contra el deseo desordenado de poseer y da la razón: los bienes poseídos en vida no aseguran la posesión de la vida. Y sin vida, ¿qué bien se sostiene? La parábola recrea una situación que ilumina lo dicho y desarrolla así la enseñanza de Jesús: el terrateniente actúa sabiamente, pues prevé una buena cosecha. Pero no piensa más que en tener más. Más que disponer de bienes, sus bienes 'disponen' de él; no sabe que por mucho que posea y más que sueñe en poseer, no tiene en propiedad su vida; sus bienes, todos percederos, no le aseguran ni un día más de vida. Podrá ensanchar cuanto quiera sus depósitos, pero no alargará ni un día su vida. No es que tenga ya mucho, es que siempre le parecerá poco y querrá más. No cae en la cuenta que lo que tiene es mayor que cuanto le falta; y no se cuida tanto de lo que ya dispone, por ser grandes sus deseos de poseer más.

Quien no pone su seguridad en Dios, no podrá asegurar sus bienes ni una noche siquiera, porque nadie, ni él mismo, le puede asegurar la vida. Su necedad sería mayor que sus graneros: no ha de llenar nuestra vida cuanto aún no se posee. Una vida consagrada a conservar y amasar bienes *para sí* es frágil. Dejarse poseer por lo que puede uno tener el día de mañana lleva a perder lo que desde siempre se tuvo, a Dios y sus bienes. El bien no es lo que nos falta, sino lo que Dios estaría dispuesto a concedernos si Él fuera nuestro único Bien. Frente a un Dios que pretende ser nuestro Bien único no puede nacer más que el deseo de tenerle. Y si se le tiene, no se mantienen otros deseos ni otros bienes.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús se niega a mediar en una disputa entre hermanos no por eludir una decisión controvertida, sino para liberar a su interlocutor de su afán de poseer. No quiere entrar en disputas, porque no desea enjuiciar a nadie; busca que todos se abran a la justicia de Dios. Es vano echar en falta, dice, lo que no puede asegurar la propia existencia; no es juicioso perder la vida, familiar en este caso, por aquello que no puede mantenernos en vida.

El caso es que, sin buscarla, se le había presentado a Jesús una situación envidiable; pocas veces había sido tan deseada una intervención suya en un asunto que no exigía un milagro. No le pedían a Jesús que mostrara su poder y compasión, sino su juicio e imparcialidad. Solo el que se lo pidieran demostraba ya la aceptación de que gozaba entre el pueblo: era visto como un posible buen mediador entre hermanos. Por eso, es tan sorprendente su negativa. No era ese, pensaba él, su oficio. Es verdad que, al indicar la inutilidad de luchar por cuanto, siendo bueno, no asegura la propia existencia, da ya una respuesta, indirecta pero eficaz, a los hermanos que litigaban por un legado que, por mucho que valiese, no aseguraba lo máspreciado que ya tenían, la propia vida.

Jesús no quiere imponer su pensamiento, dando valor de obligado cumplimiento a su enseñanza. En vez de resolver un caso particular, instruye a sus oyentes. Jesús quiso convencer a todos sobre el precario valor de los bienes materiales; no se contentaba con vencer la resistencia de uno a compartir con su hermano los bienes heredados. Utilizó el caso particular como motivo de una enseñanza universal. Nada que tenga que repartirse, como una herencia, por buena que fuera, merece la pena de una división familiar; nada que pueda perderse, como el legado paterno, por precioso que resulte, compensa la pérdida de la fraternidad. No es lo que ya se tiene, ni lo que se va a alcanzar, sino cuanto se es, lo que bien merece lucha y esfuerzo. Si la vida propia no depende de las propias cosas, de poco sirve desvivirse por tenerlas.

Jesús respondió al hermano que imploraba justicia - ¡sólo justicia!- que mejor es renunciar a los bienes que nos son debidos que perder la vida, y la familia, en el intento de recuperarlos. Jesús no pensaba en 'restablecer' la hermandad distribuyendo justicia, quiso, más bien, *sanar de raíz del corazón del hombre, patria de su codicia*. De hecho, una vez que ha negado a uno su intervención, se dirige a todos pero con 'otro' tema: lo que de verdad sana al hombre, y sus relaciones con los demás, no es (ob)tener lo que a uno se le debe, sino renunciar a tener *más* de cuanto ya posee. No es, pues, cuestión de tener mucho o poco, sino de querer más, sea uno rico o no tanto.

¿De qué nos serviría ganar lo que es nuestro, si no tenemos tiempo para disfrutar de ello? ¿Para qué ser dueños de muchas cosas, si no somos amos de nuestra vida? Y es que, piensa Jesús, si la abundancia de bienes no asegura la sobrevivencia, quien busca justicia por obtenerlos no está seguro de gozarlos. Es precario fundar la propia existencia en bienes que no pueden garantizarla; tener cosas que pertenecen al hermano no es la mejor manera de mantener la propia vida. Acumular lo que se debe compartir con otros puede que nos haga más ricos, pero ciertamente nos hace menos humanos. Ni somos mejores por los bienes que tenemos, ni nos hace bien conservar lo que pertenece al hermano. Las cosas que tenemos, las personas con las que convivimos, son buenos en la medida en que sostienen nuestra vida, satisfaciendo las necesidades más urgentes, sean de pan o de amor. No es digno de ser robado a nadie lo que no asegura ni un día nuestra vida. Por muy necesario que sea, ningún bien es tan precioso como la propia vida o la vida del hermano: a todo deberíamos poder renunciar menos a ellas.

La postura de Jesús no 'toca' directamente la cantidad de bienes que se tienen, sino la actitud que nos provoca el tenerlos. Sean muchos o sean escasos, los bienes poseídos alimentan el deseo de poseer más y mejor. Y esa 'codicia' suele poner en cuestión la propia vida, bien supremo, porque no hay bien sin ella, bien precioso porque no hay precio que pagar para conseguirla. Jesús desvela así la raíz de esa insatisfacción profunda que nos posee cuando no llegamos a poseer los bienes que ambicionamos, cuando nos poseen los bienes que no tenemos. Y nos da un criterio para 'sanarnos' de la codicia: valorar la vida como bien gratuito es vivir apreciando más lo que ya se tiene y 'menos-preciando' cuanto aún no poseemos; descubrir la vida como don supremo es vivir haciendo pequeños cuantos bienes nos falten y reconocer gozosos los que poseemos. Quien vive sabiendo que tiene lo mejor, el don de la vida, puede pasársela sin tener que gozar de todo. No es así, por desgracia, como vivimos. Nos posee el afán de poseer. Vigilamos por conservar lo que obtuvimos y nos desvelamos por conseguir lo que no tenemos. Nos desvivimos hoy por tener mañana de qué vivir y no hemos aprendido a vivir con lo que ya poseemos. Alimentamos nuestra inseguridad acumulando bienes por si acaso, sin darnos cuenta de que no tenemos asegurado el día de mañana..., ni siquiera el día de hoy. No son, pues, los bienes que amontonamos en la vida lo que debe darnos confianza y, mucho menos, si en el intento empobrecemos a los demás. La alegría de vivir que se base en lo que se ha conseguido en la vida no tiene futuro. Escaso es el gozo que nace de la abundancia; los bienes le sobrevivirán a quien puso en ellos su felicidad.

Con la parábola del rico necio Jesús quería ilustrar cuanto acababa de decir a su audiencia: de bien poco sirve adueñarse de muchos bienes si no se es dueño de la propia vida. Pues bien, para entender a Jesús hay que caer en la cuenta de que la actuación del rico fue no solo lógica, sino loable. El terrateniente actúa con previsión y diligencia, cuando previendo una buena cosecha, saca las consecuencias: primero, agrandará sus almacenes; después, disfrutará de sus riquezas. No es en absoluto descabellado pensar en agrandar graneros, cuando se acerca una buena cosecha. Buscar el modo de que no se pierda nada, es lo menos que puede esperarse de un propietario juicioso. Alegrarse por lo que se ve venir, no es alimentar ilusiones vanas. El terrateniente planeó los arreglos por hacer y se alegró de la riqueza que estaba por venir. Era un hombre afortunado y no quiso actuar a la ligera. Jesús, en cambio, no ve así las cosas. Quien pone su confianza en lo que

ha conseguido, quien cifra su felicidad en la abundancia, dejará sus bienes al dejar la vida y se quedará sin propiedades y sin Dios.

Algo muy grave tiene que esconderse en esa actitud del rico, tan razonable en apariencia, como para que Jesús ponga en boca de Dios - algo inusual en sus parábolas - la condena: es necio quien pone su felicidad en poseer cosas, quien se siente seguro por lo mucho que va a tener, sin percatarse de que por mucho que acumule en la vida no sabe si amanecerá de nuevo mañana. Los bienes que tan fácilmente pueden perderse no han de ser los bienes mejor apreciados, ni son los más preciosos. No tener a Dios como supremo bien, hace inútiles todos los bienes que se tengan. Poner en algo que no sea Dios la razón de la felicidad, es arriesgarse a perderla. No podrá asegurar sus bienes ni una noche siquiera, quien no se asegura de que Dios es su Bien. La necesidad del que tiene muchos bienes es siempre mayor que sus graneros: porque deja llenar su vida de cuanto aún no se posee; dejarse poseer por lo que puede uno tener todavía lleva a perder lo que desde siempre se tuvo, a Dios y sus bienes. El bien no es lo que nos falta, sino lo que Dios estaría dispuesto a concedernos si Él fuera nuestro único Bien.

Jesús critica esa codicia que consiste no sólo en desear más, sino en vivir mejor, y solos. El terrateniente soñaba con una gran cosecha porque le habría permitido darse la 'gran' vida él solo. Amasar riqueza para sí mismo empobrece al rico, porque le priva del hermano necesitado, porque hace innecesario al que menos tiene, porque cree que puede vivir y gozar sin él. Es necio quien imagina sus bienes según sean sus necesidades, quien agranda sus deseos sólo porque es grande su vacío. Quien no pone su seguridad en Dios, no podrá asegurar sus bienes, ni su vida una noche más siquiera. Frente a un Dios que pretende ser nuestro Bien único no puede nacer más que el deseo de tenerle. Y si se le tiene, no se mantienen otros deseos ni otros bienes. La felicidad del creyente no está en tener más, sino en saberse mejor mantenido. Teniendo a Dios nos sobrarán todas las cosas y no nos faltará alegría de vivir.